

para que sólo hubiese un solo rebaño con un solo pastor; y, últimamente, muere en un punto alto y elevado para arrojar los demonios de la atmósfera y prepararnos el camino que conduce al cielo, por todo lo cual quedó escrito «que Dios estaba en Jesucristo, reconciliando en sí al mundo».

LA SEÑAL DE LA CRUZ

En la antigüedad era la cruz un augurio funesto y horrible, en donde se hallaba como concentrada toda la infamia de los suplicios, y con ese mismo carácter se halla descrita en las Santas Escrituras : «El cadáver, dicen éstas, del que ha muerto en la cruz no permanecerá suspendido en ella durante la noche, sino que será quitado el mismo día del suplicio, porque aquel que es clavado en la cruz tiene la maldición de Dios.» Con motivo de esta ley, dijo Isaías, hablando proféticamente del Señor: «Nos ha parecido un objeto digno de desprecio, y el último y más vil de los hombres;» y después le llama el *humillado*; de donde resulta que no era solamente la cruz un instrumento de suplicio, sino también una maldición; por eso se leen en el texto sagrado estas expresiones : «¡Maldito aquel que está clavado en el madero!—¡Condenémosle á muerte la más afrentosa!—¡Crucifícale!» y otras á ese tenor, que indican la nota infamante y de maldición que atraía sobre sí todo aquel que fuese condenado á muerte de cruz; y esa era la principal razón que movía á los ju-

díos á pedir semejante pena para Jesús, porque querían que el oprobio y afrenta del suplicio destruyesen lo que quizás no podría vencer y destruir la misma muerte, y porque no comprendían ni podían concebir cómo, después de morir Jesucristo en suplicio tan infamante, pudiera haber hombres que se atreviesen á llamarse sus discípulos.

Entre los romanos también estaba reputada la cruz como el madero desgraciado, el árbol fatal, el tormento de ignominia, y, en una palabra, como el suplicio de los esclavos, que para ellos era la última capa de la degradación. Tarquino ordenó que se clavasen en la cruz los ciudadanos que se habían suicidado por no trabajar en los lugares inmundos de su palacio; Graco sacrifica su enemigo Publio Popilio á la infamia de la cruz; Séneca enseña que semejante vergüenza puede reputarse entre el número de las desgracias en que, para evitarlas, debe preferirse el suicidio, la muerte voluntaria; y Cicerón, escribiendo contra Verres, con motivo de la cruz de Gavio, expresa todo el horror de este suplicio diciendo : «Espantosa es la ignominia de una condenación pública, espantosa la confiscación, espantoso el destierro; pero, sin embargo, en medio de esos males, todavía nos queda algún vestigio de libertad, y aún la misma muerte, cuando se nos impone, sucumbimos á ella desprendidos de toda traba y obstáculo; pero el verdugo, el velo sobre la cabeza, el nombre de cruz, que todo ese horror y toda esa afrenta no caiga jamás sobre un ciudadano romano, y no se aproxime ni á su

cuerpo ni á su pensamiento.» Finalmente, en corroboración de eso mismo, refiere Plutarco que todavía en su tiempo se acostumbraba á llevar en procesión con gran pompa á un perro clavado en una cruz, en conmemoración de la sorpresa del Capitolio, en donde los perros habían habitado.

Esos datos y detalles hacen conocer lo que San Pablo llamó después el escándalo y la locura de la cruz. Minucio Félix habla á los idólatras de la estupidez de sus dioses, formados acaso de un tronco ó de un árbol de ignominia; y, á su vez, los idólatras culpaban y argüían á los cristianos por la insigne locura de adorar á un Dios muerto sobre el madero; y por otra parte, los judíos, apegados á la esterilidad de la letra de la Ley, decían que no podía ser Hijo de Dios Aquel que había muerto en un suplicio condenado y maldito de Dios mismo.

Sin embargo de eso, el misterio de la cruz había sido ya presentido por los paganos y por los judíos, y unos y otros rogaban, mucho antes de la venida de Jesucristo, por la señal de la cruz; y de una ó de otra manera, ese signo se veía siempre en la misma actitud en que se hacía la oración. Jacob, figura del Mesías, cruzó sus brazos para implorar las bendiciones del cielo sobre los dos hijos de José, colocando la mano derecha sobre la cabeza del que estaba á su izquierda, y la mano izquierda sobre la del que estaba á su derecha; y así colocadas, dice Tertuliano, formaban las manos del patriarca la cruz y anunciaban las bendiciones que vendrían del Crucificado. Moisés, cuan-

do se dió la batalla contra los amalecitas, subió silencioso sobre la montaña, y allí, puesto de pié, sus manos abiertas y con sus brazos extendidos, siendo así una señal viva de la cruz, se puso en oración, y salieron los hebreos vencedores, porque el combate del Señor que se daba contra Amalec prefiguraba las batallas del Verbo encarnado contra Satanás, enemigo de la cruz y en virtud de la cual quedó vencido.

Se sabe por el mismo Jesucristo cuál es la significación de la serpiente de bronce atada á la cruz en el desierto, y que con sólo mirarla quedaban curadas las picaduras de las serpientes. «De la misma manera, dice el texto sagrado, que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también será exaltado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna.»

La señal de la cruz se hacía también en el Templo, pues el sacerdote, elevando primero la víctima del sacrificio, la llevaba después desde el Oriente al Occidente, y en la misma forma bendecían los sacerdotes al pueblo. De modo que el ministro sagrado de la religion cristiana no tuvo que añadir, para dar la bendición, más que estas palabras augustas, que son un compendio de todo el Cristianismo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

En la profecía de Ezequiel se da orden á un misterioso personaje para que atravesase la ciudad de Jerusalén, toda manchada de abominaciones, y pusiera la señal T en la frente de

aquellos que sintiesen y llorasen por la desgracia y pública iniquidad, y así quedarían salvos; y los que no tuviesen ese signo serían privados de la vida, lo cual es un evidente testimonio del presentimiento de la cruz y de su eficaz virtud; y por esa razón enseñan los Padres de la Iglesia que se salvará todo aquel que lleve en su frente la señal saludable, llorando los pecados que

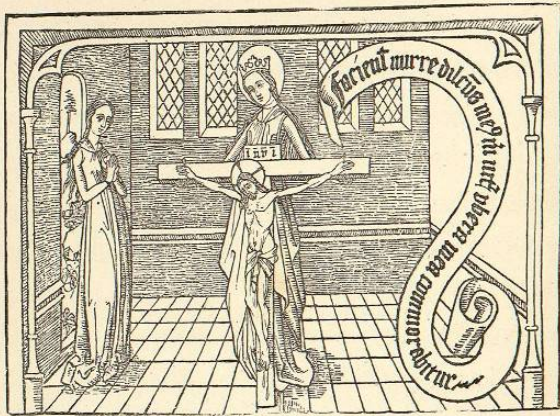


Lámina 103.—La Iglesia, Esposa de Jesucristo, meditando en la Pasión de Nuestro Señor, con una inscripción que dice: «Mi Amado es para mí un ramillete de mirra, y yo le tendré sobre mi seno.»—Facsimil tomado de un grabado hecho en vista de textos del *Cantar de los cantares*, y data del siglo XV.

esa señal vino á perdonar. También Sansón tomó la postura y figura de la cruz para vengar á Israel, y David para pedir auxilio contra su hijo parricida y contra sus súbditos rebeldes; Salomón para dar gracias á Dios por haberle concedido el poder terminar el Templo, y de la misma manera invocan también el poder de Dios todos los habitantes de Israel en presencia de

su temible enemigo Sennaquerib, y su plegaria fué escuchada y atendida.

Los paganos hacían su adoración y tributaban el culto á sus dioses llevándose la mano derecha á la boca y besándola; pero al besarla hacían la señal de la cruz, cruzando el dedo índice por encima del pulgar; y en los actos más solemnes ejecutaban sus plegarias como los judíos, extendiendo las manos y elevándolas hacia el cielo, ó cruzándolas sobre el pecho. Eso mismo hizo Bruto cuando supo la muerte de Lucrecia, y Anquises cuando invocaba los dioses en las márgenes de los ríos. También había en Roma una estatua de la *Piedad pública*, la cual tenía los brazos en cruz como Moisés; y en todos los pueblos se encuentran monumentos que contienen señales y vestigios del presentimiento acerca del misterio de la cruz.

San Agustín aplica á la cruz las palabras en que San Pablo desea y exhorta á los fieles á que comprendan la anchura y longitud, la altura y profundidad del misterio de Jesucristo crucificado, y dice que la anchura de la cruz significa la extensión del amor que, como á nosotros mismos, debemos tener, sin distinción de amigos y enemigos, á todos aquellos por quienes murió Jesucristo; la longitud nos enseña la paciencia en medio de las adversidades; la altura significa el vuelo que debemos tomar por encima de todas las cosas terrenas para entrar en la paz eterna, y la profundidad nos muestra los profundos arcanos de Dios al querer salvar al mundo, que estaba perdido por su falsa cien-

cia, y salvarle precisamente por medio de la locura de la cruz. No había de tardarse en conocer el misterio de la cruz, y

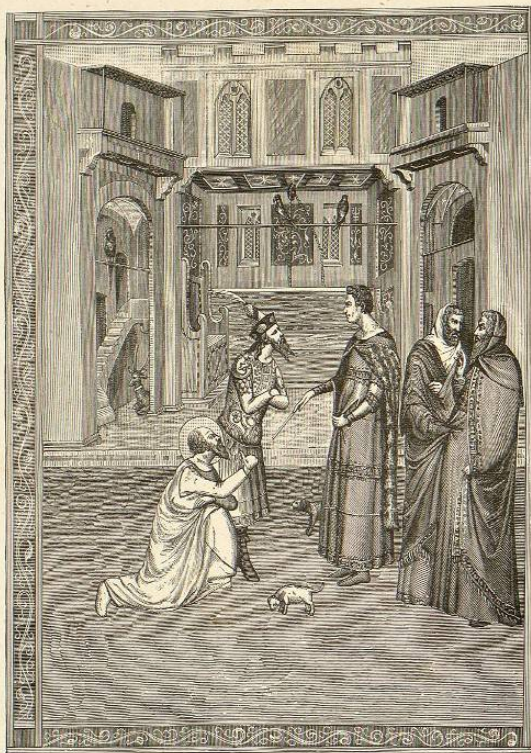


Lámina 104.—José de Arimathea, acompañado de Nicodemus, va á pedir á Pilatos el cuerpo de Jesucristo para darle sepultura.—Miniatura de un manuscrito francés de la Biblioteca nacional, núm. 9561, y data del siglo XIV.

bien pronto los hombres sabrían el por qué esa señal tan ignominiosa ponía, sin embargo, su sello é influencia en todas las

cosas y en acontecimientos tan grandes y principios tan esenciales á la vida humana, y el por qué se aparecía y se revelaba en todas partes como una expresión natural del alma humana en presencia de Dios, el cual, como pié y fundamento de la cruz, y arma poderosa de los mártires, había de levantarse para marchar á conquistar el mundo por la señal de la misma cruz.

El gran Tertuliano dice que nosotros rezamos con las manos extendidas, porque son inocentes; con la cabeza descubierta, porque no tenemos de qué avergonzarnos; y sin que se nos dicten ni inspiren las palabras, porque es nuestro corazón el que reza. Pedimos largos años de vida para todos los emperadores, la seguridad en sus palacios, el valor en sus ejércitos, la fidelidad en el senado, la honradez en el pueblo, la paz en el mundo y todo lo que puede desear un hombre y un emperador; y, sin embargo de eso, los mismos emperadores enviaban al circo á los que oraban de esa manera, y éstos morían allí sin cesar de orar, y su muerte no era el solo milagro por donde la perversidad de los hombres podía conocer la omnipotencia de Dios. Un día, bajo el imperio de Diocleciano, se llenó el anfiteatro de fieles de Cristo, y, con las manos extendidas y los ojos vueltos al cielo, estuvieron allí inmóviles, sin dar señales de temor y sin decir ni una sola palabra, mientras que temblaban los espectadores y los verdugos no podían ocultar su miedo. De repente se sueltan las feroces bestias, que precipitadamente entran en el circo dando espantosos rugidos, y todo el pueblo, todo el gen-

tío que asistía á tan bárbara diversión, se llenó de admiración al ver que aquéllas se detienen mansas, pacíficas y como si sus dientes estuvieran oprimidos por un bozal, delante de un joven que aún no había cumplido veinte años, el cual, puesto de pié en medio de la arena, con sus brazos en cruz, lleno de dulce tranquilidad, se entrega enteramente á Jesucristo, á pensar en Él y á ponerse con un santo abandono en sus manos, sin ocuparse de las bestias, ni del pueblo, ni de la próxima muerte que le amenazaba. Otro día, también en Roma, la doncella y heroica virgen Inés, de trece años de edad y condenada á morir en el fuego, entró serena y tranquila en las llamas; y extendiendo sus manos, bendijo al Señor por haberla preservado de las asechanzas del demonio; y las llamas devoradoras, suspendiendo su destructora actividad ante esa edificante actitud de la inocente virgen, se alejan de ella como en señal de respeto y se precipitan sobre los que las habían encendido para amenazarles y condenar su crueldad. Esos prodigios quiso Dios que se repitiesen en muchas ocasiones para manifestar la eficacia del sacrificio de Jesús; y así es como en tres siglos aprendió el universo á conocer y hacer la señal de la cruz.

LA SEPULTURA

La mayor parte de los Apóstoles estaban ocultos después de la muerte de Jesús, y, merced á la influencia y virtud, de la

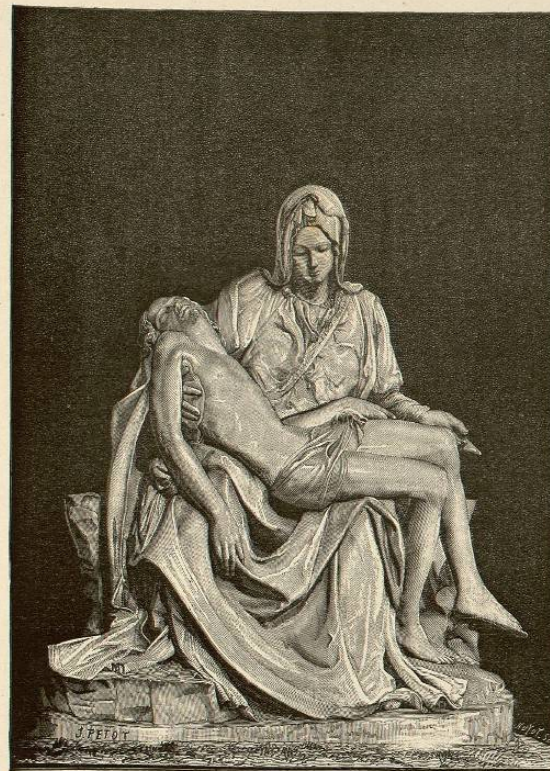


Lámina 105.—La Virgen teniendo sobre las rodillas á su Hijo muerto.—Grupo en mármol de Miguel Ángel que se halla en San Pedro de Roma y data del siglo XVI.—Se censuraba á Miguel Ángel por haber hecho á la Virgen demasiado joven y hermosa para ser madre de un hombre de treinta años, y dió él esta respuesta, que revela, además de su genio artístico, sus sentimientos sinceramente piadosos: «Esta madre, dijo, fué una virgen, y vosotros sabéis que la castidad del alma conserva la frescura del rostro. Es probable que el cielo, para dar testimonio de la angelical pureza de María, permitiese que conservase la dulce expresión de la juventud, mientras que no fué necesario que la divinidad nos ocultase lo que es propio del hombre para que el Salvador mostrase que realmente se había sujetado á todas las miserias humanas. Esa es la razón por que la Virgen es más joven que su edad, y por que dejó en el Salvador todas las señales de la suya.»

cruz, dos discípulos, que también se habían ocultado, se resolvieron á declararse y manifestarse fieles á su Maestro. Un hom-